

UNA HABITACIÓN CON VISTAS¹



María Jesús
Magaña Ondartza

De camino a casa por detrás del polideportivo, mis pisadas se hunden en el suelo, haciendo crujir la hojarasca que amontonada, se fermenta, aportando abono orgánico a la tierra en la nueva primavera que se avecina. Se da paso así a los nuevos brotes de los chopos o álamos y plataneros que aquí se encuentran como gigantes desnudos y silenciosos en invierno. Ahora esperan ansiosos vestirse de verde y agitar sus brazos al viento y susurrar en el aire melodías de pájaros que se agrupan en sus ramas formando una gran orquesta prodigiosa que el hombre aún no consigue emular. Otras veces sus sonidos sugieren rumores de aguas, de mares lejanos y cantos de sirena, como símbolos que en el mes de marzo experimentan el cambio de estación. Más adelante y cuando estén en plenitud, dejarán caer el polen que, como partículas de algodón, flotará en el aire y cubrirá como un manto blanco la hierba que los rodea. Esto sí que produce alergia, estornudos, rinitis nasal, conjuntivitis, etc... Pero a pesar de eso ila primavera es tan hermosa! Nos propicia nuevos ánimos para el verano que viene a continuación. Siempre pensamos en el futuro próximo, creo que no disfrutamos el presente como debíamos. Siempre decimos "mañana será otro día".

Si voy por el pasaje de arriba, sobre las vías del topo, aspiro el olor de las mimosas que ahora están plétóricas y luminosas, si bien tienen un reinado efímero, pues sus flores caen en pocos días como alfombra amarilla sobre las baldosas, dando color a nuestro entorno y restando fealdad a tanto edificio, altibajo y desigual que existe en esta aglomeración urbana como es, nuestro barrio de Galtzaraborda. Por cierto, de la noche a la mañana de un día de marzo, ha sido talada una higuera que llevaba años dando frutos y que muchos vecinos se encargaban de recoger, pues se encontraba inclinada hacia el paso de peatones facilitando su acceso a ella. ¿No hubiera sido mejor podarla y dejarla vivir? Algo parecido han

hecho con las mimosas, a las que también les han dado un hachazo en sus ramas bajas. Esa higuera ni siquiera estaba enferma. ¿Qué mal hacía este árbol? A los muchos vecinos que pasamos por ahí nos han hecho un flaco favor, pues algunos seguimos el ciclo biológico de los árboles y plantas, conforme pasa el tiempo, y después del invierno veíamos como ya comenzaban a brotar sus ramas nuevamente ¡qué pena! Ya no cogeré más higos de ese árbol para explicar a mi nieto Iñigo sus preguntas y sus porqués sobre las cosas y la maravilla de la naturaleza. En otras zonas del barrio he observado la tala indiscriminada de otros ejemplares y lo peor es que no los reponen ¿Quién da esas órdenes? En un tiempo, cuando se iniciaron las obras de urbanización, dijeron que sería una micro ciudad jardín. A una calle le pusieron de nombre *Parque* ¡qué ironía! Dejaron unos lánguidos jardines, ni siquiera llegan a eso, sólo un poco de hierba para esparcimiento de los perros, no hay ni una sola flor plantada, quedan unos pocos árboles que no desarrollan y el *parque* se convirtió en asfalto: la culpa la tienen los coches que invaden la calle. Más arriba dejaron unos bancos para que los abuelos hagan su tertulia ¡Menos mal! Debo añadir –es una crítica de la realidad en que vivimos- que el citado parque donde están ubicados los columpios y toboganes infantiles carece de una fuente de agua potable, lo cual es imperdonable.

Menos mal que me consuelo abriendo la ventana, y justo enfrente y separado por las vías del topo, como una pequeña isla en medio de un mar de cemento, emerge un trocito de verde que se conserva de milagro, para disfrute de nuestros sentidos y nuestras vidas, que otras personas que habitan en las grandes urbes no tienen el privilegio de disfrutar. Es el caserío de Alaberga. El primitivo fue derribado al construirse las primeras casas del polígono y estaba situado en la parte baja, a la entrada de Alaberga por la calle Viteri, aún lo recuerdo. Este

¹ Un recuerdo para un amigo que se ha ido, que me animó a escribir y me introdujo en la revista *Oarso*. Hasta siempre Agustín (Aguirre).

es el segundo (Caserío- Lechería) según reza en el proyecto del arquitecto D. José del Río realizado en 1948. Constaría de caserío doble, aislado con dos viviendas y dos establos para lechería. Cada vivienda tendría cuatro dormitorios y cocina comedor, además de servicios, almacenes y un establo capaz para seis vacas. Antes, hace años, sí tuvieron vacas, pero ahora lo ignoro, no se ven ¿A quién no le gustaría vivir en un caserío? rodeado de su huerta, de sus animales que lo habitan, creando esa estampa rústica y entrañable a la vez, que nos hace vivir en continua observación de la naturaleza. Nos proporciona además la ventaja de disfrutarla sin los ingratos trabajos de cortar hierba, de sacar las gallinas y los patos, darles de comer, limpiar las txabolas, sacar las ovejas, atar al burro, trabajar en la huerta para obtener, vainas, tomates, lechugas etc... Es como vivir en medio del campo y tener todas las comodidades posibles. Disfrutar de unos árboles que den buena sombra en verano, cuando calienta el sol. Un porche para resguardarse cuando arrecia la lluvia en invierno, un buen tendedero de ropa para secarla al viento y unos arriates de flores para adornar la casa por fuera y por dentro sin tener que bajar a la plaza y pagar por ellas, como yo.

Asistimos pasivamente al corte de hierba, reconstrucción de txabolas, al resurgir de la huerta, al florecer de los árboles y de esas higueras que están al lado y se ponen enormes. Es como asistir al teatro de la vida, con escenario y actores, y aún hay personas que no se percatan de ello, lo miran sin verlo. Y es tan hermoso contemplar las ovejas y ver cómo aumentan de número, -las cuento, diez, quince, dieciocho- y entre ocios y quehaceres domésticos oír las balar, algunas veces con pena, -como de lamento, como presintiendo su fin-, otras de alegría. Las recién nacidas corren saltarinas detrás de su madre por seguridad, descubriendo la vida. Y cuando estás agobiada entre el mal humor y la rutina, o feliz en otros momentos, oyes un rebuzno y otro y piensas en la exis-



tencia del burro, de la vida que le tocó vivir y el presente feliz que disfruta actualmente y vuelves a sonreír contigo misma. Sales al balcón por la mañana y miras las Peñas de Aia cuando el sol hace resaltar sus aristas de azul cobalto, o cuando al atardecer la bruma las envuelve cubriéndolas de sombras, adquiriendo un toque mágico que te transporta a otra galaxia con la mente. Entonces respiras profundamente, y te preguntas:

¿Dónde estoy?

